Editorial Universidad de Antioquia

Amílcar Osorio

Vana Stanza

Poesía

Colección *Poesía*
Director: Elkin Restrepo
© Amílcar Osorio
© Editorial Universidad de Antioquia
ISBN: 958-655-353-1 (obra completa)
ISBN: 958-655-526-7 (volumen)

Primera edición: 1989
Segunda edición: octubre de 2001
(primera en la Editorial Universidad de Antioquia)
Diseño de cubierta: Saúl Álvarez Lara
Diagramación: Adriana Jaramillo Chaparro
Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad de Antioquia

Editorial Universidad de Antioquia
Teléfono: (574) 210 50 10. Telefax: (574) 263 82 82
E-mail: mercadeo@editorialudea.com
Página web: www.editorialudea.com
Apartado 1226. Medellín. Colombia

Digitalizado y Organizado por M. Zabàl
Ell /2/2019. Medellìn

Imprenta Universidad de Antioquia
Teléfono: 210 53 30
E-mail: imprenta@quimbaya.udea.edu.co

Vana Stanza

Amílcar Osorio

Vana Stanza

Diván selecto
1962-1984

Colección *Poesía*
Editorial Universidad de Antioquia

Esta selección recoge poemas que han sido compuestos desde 1962 hasta 1984. No están ordenados cronológicamente, ni los libros a los cuales corresponden están completos: algunos de ellos pertenecen a trabajos en proceso. Varios de ellos han sido publicados, ninguno de manera definitiva.

A. O.

Most people will find things
that they like in this book,
and things that they dislike;
only persons who like poetry
and have trained themselves
to like poetry will like it
all. And of such persons there
are not many.

T. S. Eliot

Hay, ciertamente, lo inexplicable,
lo que se muestra a sí mismo;
esto es lo místico.

L. Wittgenstein

De
Servicios

A David y Helga Howie

Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura

San Juan de la Cruz

Servicio general de la casa

Hemos en la alteza puesto halcones,
cuasistelas y astropulsos de variante simetría.
Y en los jardines, hambrientas martas
de amplios ojos y gestos fáciles, y en las foces
de los huertos hemos acomodado felices garduñas
y lujosos perros para que vengan a las mesas
y devoren acosados el despilfarro de los huéspedes.

De los artesonados hemos colgado pájaros violentos
y audaces gajos del más variado aroma;
en los muros, retratos con nostálgicas leyendas,
rasos y damascos de complicadas procedencias,
y en los sueños, muelles tapices sin horizonte,
con armiños reclinados y fruteros asombrosos.

En los patios, fuentes; en los huertos, plantas
ampulosas, domésticas antorchas, vientos
y faisanes inquietos, trozos de firmamento.
Divanes en las galerías, cojines y palmas
en distintas partes; príncipes con librea
de criados, y pasiones de comarcas distantes.

Que se haya dispuesto como marco soberbio
a su presencia.

Servicio de campo

En la comarca boreal, sobre peñascos
abrasados por parásitas sedosas,
hemos detonado una magnífica tempestad
de tonos salmón, madreperla y grana
con aves que aspirando escapan.

En pleno cenit hemos pendido un astro
de un sistema ignoto y asombroso.
Por firmamento hemos puesto todo el pecho
del amante, y al austro una tarde umbrosa
de grises rosas y cuadrúpedos mojados.

Por el horizonte y en redondo, picos nevados,
concurridos por patinadores ilustres,
renos brillantes y auroras simultáneas.

Hemos puesto dos soles, el uno tramontano
y vesperal el otro, hacia el valle de los ópalos
para evitar las variaciones en el raso.
Para ti, Senhor, hemos mutado el universo,
para que vengas a la fiesta, estival y vanidosa.

Servicio de caza

Que hubiere un halcón en el puño
valeroso de cada venido
y que los airones fueren cimbreantes
por entre las espesuras,
y que los dogos percibieren
un rastro memorial,
y que nosotros oyéremos
convulsos en la cueva lejana
el sonar del corno
anunciando lo cazado.
Y en la alteza hubiere
sangre a gotas
y plumas altaneras.

Senhor, Senhor de las esferas,
del velludo, del don, de las arenas,
que para ti sea lo cazado por las fieras.

Servicio del predilecto

En palanganas de opaco pórfido
colmadas de agua contra los peñascos golpeada,
hemos visto brillar las uñas, y la forma de los pies
entre el perfume de los mirtos.

Hemos visto pasar la cabeza hacia el salón
de los vestidos, y hemos olido el perfume
a carne emocionada quedado en las alcobas apagadas.

Le hemòs visto desnudo contra el cielo
como si hubiera estado siempre.

Hemos visto, al Senhor, enamorado.

Servicio de lecho

Somos la fiesta, Senhor,
y este damasco.

Somos la fiesta, Senhor,
y estos fruteros,
y esta ventana abierta
sobre el patio de los sueños,
esta lámpara encendida
que vagamente alumbra los tapices.

Somos la fiesta, Senhor,
y esa algarabía en los salones,
y el alabastro, los limones, la luz.

Somos la fiesta, Senhor,
y para ella hemos trastornado el universo.

De
Vana Stanza
I

A Saúl, Efrén, Fernando y Luis

Ecce Homo
Sine Domo

Anónimo del siglo XII

Stanza

sin cuerpos flotan alas,
de las vigas caen.
a tres cámaras se dan las puertas:
de la que fuera dormitorio,
caminante la claridad adviene
por el tablado, pero no llega;
de la que fuera ludatorio
proviene el viento que se va
por la que fuera para conciertos,
hasta el patio.

huecos de clavos en las paredes al estuco,
e inquieta la cadena de una lámpara
que alumbrara los cristales,
porque aquí se bebía.
botellas en un rincón y sellos violados.

Stanza

en el cielorraso
hay un puto boquiabierto,
alienta el cordón de una lámpara.

en alguna de las paredes
hay una mancha de miel o de aceite,
como trazada con dedos.

en el piso falta una tabla,
hay unos clavos torcidos,
el viento bate los postigos sueltos.

el puto de latón prensado:
herrumbre en las pupilas y la cabellera,
ahogado por el viento que altanero entra.

Stanza

en los muros blancos
yace la sombra de la fuente
que viene desde el patio,
su agua insurgente
que refrescara la galería.

en la hornacina está olvidada
la cabeza en yeso de un muchacho,
una caja sin fósforos, una cadena pequeña.

el piso cruje
en las horas de la tarde.

Stanza

los rincones, ni los candelabros;
las puertas, ni quien las abriera.

los dinteles, los umbrales,
sin los pasos soportados,
ya ingresaran o partieran.

una luz que la tarde emana,
su color, su variación,
y, en derredor, los ecos.

Stanza

el sol frío
entra por la arcada
que da a la galería
con rastros de la alfombra.

la ventana
que no da a la galería
permanece contra los vidrios justa,
aunque los vidrios sean mosaicos o colores.

alguna carroña de insecto,
alguna tela de araña.
marcas de yemas de dedos
de manos de ausentes sobre el polvo.
Sobre las tablas arde una colilla
como una lámpara devota.

Stanza

aquí había una cama...
aquí había una mesa...
aquí había un almanaque...

aquí hay un interruptor...
aquí hay un clavo...
aquí hay una aldaba...

por la ventana se ve un poste,
un tejado, una acera,
una canasta con flores
y un médico a la puerta de su consultorio.

pero quien la abrió no está
en el sillón que aquí estuviera.

Stanza

donde estuvieran los espejos
quedan las marcas;
de las imágenes
ni las meras improntas.

donde las lámparas
iluminaran extensas reuniones,
ni los soportes,
a duras penas la traza tumefacta,
su cardenillo tóxico.

Stanza

¡Oh, el calor de este atardecer!

y, sin embargo, los limones
cortados sobre el plato,
ante la penumbra del fondo,
en el interior de la pieza.

Stanza

por el balcón se ve la ciudad, todavía sobre el valle, ni el sillón a cuadros, ni la otra silla sobre el piso, yectos, ni la copa en la mesa vestida de amarillo felino, y reflejado el atardecer de prolongados días de verano en la ginebra quieta. ni cuadros en los muros.

sólo la ciudad en el balcón, bajo el calor de la bruma.

Stanza

allá hay algo
que quiere venir hasta este sitio.

aquí hay algo
que quiere ir a allá sin atravesar la galería,
y decir algo que aún se oye (puede ser el eco).

pero por la galería viene algo
que cierra las puertas con estrépito (puede ser
el viento).

Stanza

ni aquí las manos
sobre los brazos de la silla habida.

ni los labios en los besos a los vidrios
si hubiere lluvia, a la tarde, y por casualidad.

ni los higos sobre el plato,
su sabor tampoco.

Stanza

derelictas en el lecho
no quedan sino las tablas de soporte,
y un enjambre de cucarachas,
cierta humedad en el piso,
unos cromos en la pared,
amarillentos y rasgados,
el pórtico habitual de una rata,
y un bombillo roto que se mece
cuando alguien entra (puede ser el viento).

sellada el 29 de abril de 1962, en la noche,
dice un letrero borroso, en la puerta.

Stanza

ha sido recoleto el tapiz,
la alfombra de las danzas;

los ventanales acceden la luz,
el claro de las mismas tardes;
de múltiple manera
ha cesado el fuego,
la candencia de los tenebrarios,
su consumir, su herrumbre.

echar de menos el gesto
que, para ejemplo, yergue la copa.

Stanza

había un quinteto para cuerdas,
un cuarteto para vientos,
un dueto para voces,
un solo para clarinete.
(para maderas, para cobres),
un cuarto para la orquesta,
una cámara para los instrumentos.

quedan las partituras en el suelo
y un metrónomo que dice NO a dos tiempos.

Stanza

este muro nada ostenta,
ni este otro.

en el piso estaba la lámpara de barro,
la tensión de su foco ardoroso.

la techumbre
de poco da muestras.

sí, en la ventana el tiesto
que de nocivas flores fuera,
la humedecida tierra, su barro tenso,
los fáciles tallos y letales.

a pesar del calor
ingresa el viento.

Stanza

una estatua cavilosa
representaba en mármol:
no se supiera si a un muchacho
o lo que de él había sido.

era más allá de la cocina,
en el patio donde estaban
en cura las begonias,
la buganvilia estéril,
los zócalos bordados
en amarillo y tierra.

en sus dedos comen todavía aves de alguna raza,
pájaros especialmente reducidos,
turbios varias veces, y que caben en la mano.

los ojos sólo son de nadie,
ni siquiera de aquello que había sido,
aunque la nariz queda, los muslos,
y la más grande parte de la estatua.

Stanza

la ventana al patio interior, sucio y opaco,
los vidrios de plata nebulosa,
el baño de blancos esmaltes, claros y húmedos.
y el lecho empolvado con los cuerpos que huyeran.
gime el grifo del lavamanos que limpiara los rostros.

Stanza

este cuarto de hotel, desmantelado,
rayos de sol obnubilantes,
estas descoloridas trazas de cal,
piso de tablas que cruje,
y estos clavos de herrumbre.

esta vanagloria del crepúsculo
encima de los montes, allá en el límite
que se ve por la ventana destrozada
con una imagen sorda, verdadera.

Stanza

por la puerta grande, al fondo,
propone sombra la columna.

por este ventanal
se observa a los árboles,
algunos perdieron las hojas,
algunos las ramas,
otros ambas.
más allá se ven
las montañas y las nubes.

los frescos de la bóveda esparcidos,
en el suelo los barre y suma el viento.

por este ventanal
el estanque se divisa,
y si alguien se percata,
una sombra de persona
puede moverse más allá del surtidor
que ya no emerge entre la luz,
más allá, en la galería de las losas flojas,
o por las avenidillas de cascajo y musgo.

Stanza

allende la ventana
una región de la ciudad se demuestra
bajo el esmalte del verano
fulminante, asedioso.

el armario sin blusas,
sin pañuelos, broches ni guantes;
apenas insectos frecuentes
en parajes de este orden.
ni una llave descuidada.

cae muy imperceptiblemente
la tarde, más allá de los vidrios empolvados
que por unas pupilas (en el armario no reposan)
fueran frecuentados.

Stanza

una pared y su cal,
otra pared y su ventana
que da al patio;
la otra, la del iconostasio,
y la de la puerta arrancada.

¿qué se ha hecho de los goznes
y la aldaba, el dintel, los batientes?

Stanza

podría sonar una guitarra, o una piel que se frota y se desliza contra otra. podría sonar un tocadiscos, o unos muslos que se lamen y contra otros yacen. podría sonar un clarinete, o unos dientes que arrancan y destrozan las sonrisas. podría sonar un mordisco, un abrazo de regreso o bien, de despedida, o de presencia. un abrazo apretado contra el cuerpo, en todo caso.

ante estos muros limpios, esta luz convaleciente, este calor de humo de verano, esta ventana de par en par abierta que descubre una nube de tormenta sobre los edificios de al lado.

es menester imaginarlo todo, o recordarlo solamente a mal del tiempo, sus desvíos y la ausencia.

Stanza

las losas de terracota han sido removidas;
alguna falta, otra en pedazos reventada.

el sepia de los zócalos partido con los días,
sus dibujaciones cómplices, sus límites, el barniz
arcaico;
en él crecen humedades,
progresan líquenes y hongos,
prominentes por los ojos ya en vigilia,
a la iniciación de la noche,
a los márgenes del crepúsculo.

Stanza

hay un calor que viene desde el patio,
en él hay unas flores, los escombros de la fuente.

por las avenidas
no están las plantas de los pies desnudos,
ni su ritmo peligroso.

quedan los guijarros de ópalo y chispa,
las hormigas y coleópteros diversos.

tal vez haya unas uñas rotas,
el esguince de un tobillo,
las duraderas luces de sol.

Stanza

un repleto baúl
de herrumbrosos papeles,
cubiertas arrugadas,
inusitados cintos
y densos aldabones.

un quieto rotor de dentista,
su rueda calada, el eje fungoso,
su pedal con la marca de fábrica.

contra los muros desconchados
ni los ecos atestiguan
besares o lamentaciones.

Stanza

donde estaba la mesa para dibujos
hay sólo las baldosas del piso.

donde estaba la silla para leer
hay sólo rectángulos de luz
que viene del cielo en junio.

donde estaba algún cuerpo
de pie ante la ventana
no hay sino las huellas de unos zapatos
que hace mucho tiempo debieron acabarse
en algún viaje, en algún paseo público,
en una dolencia para los huesos, o una danza.

Stanza

donde estaba la mesa para dibujos
hay sólo las baldosas del piso.

donde estaba la silla para leer
hay sólo rectángulos de luz
que viene del cielo en junio.

donde estaba algún cuerpo
de pie ante la ventana
no hay sino las huellas de unos zapatos
que hace mucho tiempo debieron acabarse
en algún viaje, en algún paseo público,
en una dolencia para los huesos, o una danza.

Stanza

esta es una habitación que hace mucho tiempo no se frecuenta.

fue, claro está, cumplida con muebles y esas cosas. hasta había presentes que en ella se motivaron, gesticularon con grave apariencia.

mas, el día en el que la habitación abandonaran, tanto los muebles y esas cosas, aun los presentes mismos, se dio la posibilidad de conciliar una meditación de este talante (también hubo verano): aunque para con alguien, se mora solamente.

Stanza

esta es una habitación que hace mucho tiempo no se frecuenta.

fue, claro está, cumplida con muebles y esas cosas. hasta había presentes que en ella se motivaron, gesticularon con grave apariencia.

mas, el día en el que la habitación abandonaran, tanto los muebles y esas cosas, aun los presentes mismos, se dio la posibilidad de conciliar una meditación de este talante (también hubo verano): aunque para con alguien, se mora solamente.

Stanza

de allá venía la tempestad del mar en claves,
en las manos estaban las copas y los lomos.

de allá venía el verano con sus violas,
en los ojos estaban los reflejos dedos.

de allá venía un concierto para venas,
una curuba y un viento mortecino.

en la alcoba están los muros,
las violas rotas,
el clave descordado,
y el reposo de dos ojos
que la ven yacer
en el acallado mediodía.

Stanza

un frasco con aceite de olivas,
un amuleto de espato,
unas gotas de mercurio,
una sílaba pronunciada
que puede ser el viento,
otra sílaba callada
que puede ser el viento,
una manzana rota.

y todo colocado en la pequeña mesa
que aún el clima no ha roído.

Stanza

aquí no había sino sueño.

también noches con los ojos abiertos
en peregrinación por la memoria.

aquí no había sino modulaciones de la piel
y de los cuerpos enteros, ni siquiera duendes
tutelares.

algunas fiebres,
y las más de las veces el silencio desierto.

de todo ello no queda
sino sangre
en las venas, quieta.

Stanza

giros de danzares,
tan desnudos los tobillos,
la luz de las candelas flameara
en los rincones,
en las manos y en los ojos,
también en las pupilas,
en las transpirantes y oleadas pieles,
cáscaras de manzanas,
pellejos de naranjas,
procesión de dientes.

mas es ahora día,
la luz refresca la celebración,
ni se oyen sus músicas,
sus distantes guitarras.

mancha de espermas en el suelo,
esperma de amantes candelas.

Stanza

parece que antes fue un garaje a donde vinieran los carros a dormitar, parece que antes fue una floristería de flores venenosas y dispersas. parece que antes también fue una botica de cosméticos o algo por el estilo.

pero, en realidad, fue la morada de algunos pétalos, de palabras inciertas, regalos y amores indecidos todos.

parece que ahora es algo así como un recuerdo, como algo que se alquila o se venera.

Stanza

el calor intenso, ciego a los muros se abraza,
reflexiona su cal en completo silencio,
¡tan tibia la madera de los suelos!

llenas las copas con varios colores,
por transparentes dedos asidas, e impolutas,
¡tan tibia la madera de los suelos!

el tapete protegía la piel, los movimientos,
y en su sed saboreaba las trazas de vino
que, a veces, de los labios surtían.

tan tibios los suelos,
tan tibias las maderas,
¡hoy temprano, por la mañana!

Stanza

y la risa impenitente se oye siempre
en los estanques, en las aguas quietas,
en los muros deshollados, en los desmantelados
cuartos
y en los instantes serenos de la Vana Stanza
con la puerta de par en par abierta.

Stanza

unos cascos de limón
contra las sienes de la fiebre se frotarán.
sus cáscaras marchitas por olvidos, por recuerdos,
en el suelo simple, ahora,
y llanamente testimonian el vacío.

Stanza

el calor de las moradas,
para ambos los conciertos,
el fragor de los ausentes,
las vanidades de la estancia.

De
Vana Stanza
II

In memoriam Feliza Burzstyn

Les volumes, les uns par rapport aux autres, nous impliquent la notion de l'espace et la distance des volumes, les uns des autres, nous impliquent la notion du temps.

G. Vantongerloo

Stanza

piezas cóncavas y rotas
apuntando sus torsos,
a la vez que a unas memorias,
a los vacíos blancos
de sábanas y abismos,
ineficaces; y las galerías
de las exposiciones, desoladas;
exhibidas y mordaces carnes.

las repletas galerías
de las muestras fáciles,
y aunque armónicas
ocasionales y tan efímeras.

petrificaciones cárdenas,
óxidos en las imágenes
al hierro, al metal fundido.

soldar estas conformaciones:
acogerlas e identificar
los moldes y los vaciados.

Stanza

vana y violenta carne
usándose en el lecho
con los cuerpos ausentes:
ocres y efímeras estatuas
yectas en las cámaras
—torturas, piedras, lápices,
fracturados mármoles—
de los desvelos; vana y violenta
fiebre y duple.

cantares fulgurantes
de las inquietas fricciones
sobre las sábanas. crujidos,
penetrantes ecos en la cavidad
de las piezas recogidas.

Stanza

las fricciones de los flancos
en los torsos férvidos y rotos.

los mutares de las inmovilidades
en los pies de losa,
lacerados al bajar de los pedestales
para frecuentar los lechos
en donde esperan otras formas
inapetentes como inmotas,
así sus talones o los quiebres.

fracturados minerales
recogidos en los cuartos
sin disposición para los trazos
finales, falla y desequilibrio
en los asientos de las piedras.

estatuas en los lechos blancos
e insomnes, despedazadas.

Stanza

es como cuando se sacan
los miembros de las heridas,
las manos quedan,
el sentir de los ardores,
los contornos de las formas,
pero, las vanidades de los instantes
en unos momentos se convierten,
las estatuas se dislocan,
las piedras se interrumpen.

sólo quedan los lavoros, las faciendas,
los ecos armoniosos y profundos.

Stanza

los que fueran pies,
los que hombros serían;
capítulos, afectos, idolatrados,
torsos calipigios, flancos.

vacaciones, faltas, ausencias
de figuras imperceptibles.

fracturas en las colecciones idólatras.

Stanza

las donceles estatuas
de las moradas internas
se deleitan en sus gelideces
por los tiempos maduras
y también marchitas.

memorares los más fríos:
figuras de adorados;
idolillos de vacantes ritos
que adquiriendo simetrías
minerales se remuerden
en los ecos y las rememorias.

tremores en las gliptotecas.

Stanza

hay sistemas de formas
que visitan los dormitorios
en los lechos se reclinan
como si en ellos no se usaran.

con sus prisas se agitan
los nocturnos estadios,
con sus imprecisiones súbitas.

vagancias de los ídolos, errares.

Stanza

rotas las alcobas
de los moradores
en arcilla;
talcos interrumpidos,
repercusiones de polvos,
ecos, audiciones, delirios.

inquietares en las ferreterías.

Stanza

hay vanidades también
en los cielos abiertos
sobre los jardines:
los senderos desiertos,
las figuras aguardan.

Stanza

las concavidades de las noches
en las noches se aglomeran
y en ágapes concitan, plenas
de vaciedades y carencias,
sobre los íconos efímeros
de los jardines instantáneos.

Stanza

son los nichos vacuos
curvas repercusiones
sin las labores pétreas,
ni estatuillas en barro,
sin talla, sin palabra.

mociones en los iconostacios.

Stanza

los vulcanizadores, los marmolistas,
los talladores, los orfebres autógenos,
los modeladores plexiglácicos,
los escultores, los morfologistas,
los soldadores, los plasticistas,
acuden a los lechos, vespertinos,
preparando la información de las estatuas
amorfas, escanciadas, vanidosas.

intenciones en las estructuras.

Stanza

otras estatuas y masas
representan volúmenes
de curares falipigios;
ritmos y proporciones
de formales leyendas,
de jornales ensueños.

desocupaciones, vagancias, giros.

Stanza

las estatuas atentan
órdenes, diadúmenos,
erómenos, luciferarios;

acogen en sus cuencos
los relievos a intencionales guitarristas,
a clarinetistas expresivos.

los mármoles improntan
lomos, flancos, escorzos.
las chatarras campos, huecos.
los ecos, timbres sombríos
en los estancos inestantes.

Stanza

fugaces terracotas,
idolillos escasamente,
vernaculares tallas,
relieves a los oros,
a los yesos, a los plásticos,
vidrierías y porcelanas,
congregados en las cópulas
de los cánones exhaustos.

Stanza

pulidas por los polvos
que los neumas aportan
las piezas de ecos, de arcos,
instantes en los lechos.

de los días las noches
son repercutires
que a las estatuas cubren
con los velares
vigilantemente viudos.

algerias, vanidosas
residencias, estalgias.

Stanza

¿dónde las extremidades de los torsos,
en cuáles sueños, en qué vacancias?

acéfalas efigies y remotas;
acrólitos sin rostros,
minerales en desórdenes;
bustos sin pechos, sin cabezas.

ni restos, no sólo destrucciones,
quiebres, sino ausencias, ni rastros.

Stanza

los restauros son simulacros,
los tonos de los relieves, frígidos;
el estilo, fragmentario;
las copias, mesuradas.

vaguedades férvidas
de los lechos, e incisivas.

inestares en los reclinatorios.

De
Meteora

I have to go by eclipses as when
the scholars tackle the vastness
of a saga.

V. Navokob

Ce conquérant fut un météore
qui épouvanta le monde.

Littre

Trabajo nocturno

En el crisol de la noche
se hace el amor,
se fragua el metal
hasta reducirlo a un escrúpulo
del tamaño de un planeta.

Efedrismo

Vastas sagas que sólo pueden medirse
por el abstruso sistema de los meteoros
—a eso puedo comparar estos roqueros
y estas playas compuestas de quelonios.

Sólo aquí como en Patmos puedo comprenderlo
aunque sea en otras formas de las lenguas,
urgido por la arquitectura de las islas,
encantado por estas inequívocas sibilas.

Es aquí donde él se me devela,
en esta remota Fernandina,
donde el incógnito sistema
sólo puede concebirlo
como un vasto e inclemente meteoro.

Astronomía posicional

En nuestro fragoroso periastro
se conturba el universo conocido
—quizá haya una aberración en nuestra órbita
que disloca los órdenes astrales e inmanentes.
En todo caso crujen las paredes,
las sábanas sibilan sus augurios,
los vientos atormentan las bahías,
los meteoritos escapan locamente,
se rompen mastelerías y envigados,
y a cada abrazo trema el universo.
Nacen dioses, se deflagran pueblos,
épocas enteras se sumen en el caos,
las selvas amanecen mustias o en pavesas,
marchitas las madréporas vagan derrotadas,
se equivocan las estrellas apagadas
con este abrazo de los dos mágicos cometas
que desesperados agonizan tratando de alejarse.

Cuerpo celeste

Con aplicación reverente
va fundando besos
por todo mi cuerpo:
aquí uno frío y rápido
como un Aldebarán apagado,
aquí uno más leve pero tibio,
aquí uno ardiente, Betelgeuse,
aquí un mordisco, aquí una luna,
aquí otro y otro aquí, asteroides,
aquí las Pléyades, y en el pecho
la vagante supernova,
una binaria azul en las caderas,
uno de cráteres abiertos en la boca,
cúmulos estelares en la frente,
hasta convertirme en la equivocada
constelación de la Medusa
fija en el firmamento de esta noche.

Del lado de los sueños

Esta noche, la noche ha pasado su buen rato
recorriendo las avenidas desoladas,
visitando el purulento río
que parte la ciudad con su tajo de podre:
incógnita e indiscreta ha subido
las turbias escaleras que conducen
a hoteles y residencias donde los pederastas
hacen el amor con los muchachos;
impúdica y con aire despreocupado
se ha ido por callejones de cuchillos,
por crudas luces que caen a las calles
como empujadas desde las cantinas
y los lupanares de gritos recedidos.

Esta noche, en tanto, yo me he ido yendo solo
por las encrucijadas del lado de los sueños,
alejado de los sobresaltos, por un mundo
muelle y quieto, cercano e impalpable,
por unos estanques de luz sin precedentes,
por unos giros desconocidos y vagos,
para caer, de súbito, al amanecer,
entre sus brazos de aurora boreal.

Solfatara

Pulsa el corazón al tiempo
de los lampos rosados
que la insomne luz de neón
esparce por los muros del cuarto.

El amor es ese incendio
que incesante se agita
en el lugar callado, lejos.

Nuestros labios necrosados
por los besos insistentes
que se alejan y se acercan
—no rosas sino grietas
de planetas en pavesas,
siderales fallas y perennes.

De
Objetos frágiles

Ar es anatz sos gens cors amoros,
don es dolors e desconortz et ira.

Bertrand de Born

Más allá el tiempo, según dicen,
marcha hacia atrás, para irnos desviviendo.

L. Cernuda

El sistro titilante

El paisaje más perseguido
de New England: su cuerpo
tostado sobre el nácar en añicos
de la nieve. La sangre
en la umbría de los pinos,
el mercurio de los peces
que surgen en el espejo
helado de las charcas,
un lampo de alces en las lindes del bosque.

Los vientos de este invierno
convierten en un sistro titilante
las laminillas de su cuerpo tenso.
El golpe a las esferas de golf —fuera de estación,
transparente como un tiro
que caza el azul, que obstinado lo busca.

El sistro titilante

El paisaje más perseguido
de New England: su cuerpo
tostado sobre el nácar en añicos
de la nieve. La sangre
en la umbría de los pinos,
el mercurio de los peces
que surgen en el espejo
helado de las charcas,
un lampo de alces en las lindes del bosque.

Los vientos de este invierno
convierten en un sistro titilante
las laminillas de su cuerpo tenso.
El golpe a las esferas de golf —fuera de estación,
transparente como un tiro
que caza el azul, que obstinado lo busca.

Carta vacilante del otoño

Quisiera que fuese desde el puente de Brooklyn,
arrojar esta bola de papel
que he hecho de su carta.

Penosamente he pasado el día
escribiéndola sin detenerme
y a la vez sin confiar en ella,
lenta y nerviosamente
como se desplaza ese ojo de vacío
en el nivel del ingeniero.

Y es otoño,
arden las hojas en el patio,
chasquean los insectos,
surge el humo, huele a leños.

Pero por más que me distraigo
echo de menos sus dedos desdoblándola,
y el papel crujiente entre su puño.

Mejor entre mi puño —pomo del duelo.
Incendio la esfera, la arrojo
a la papelera donde arde
y crepita —inútiles hojas de otoño
que un día el agua
encontrará junto al puente de Brooklyn.

Perennidad del día

Cuando jugamos al tenis
queda un resquemor violáceo
y las secciones de césped,
y a él le parece que la tarde
está adecuada para unas cervezas.

Queda un sinsabor precario
después de montar a caballo,
la espuma en las bridas,
la silueta de los árboles
y el sol que cae sobre la yerba.

Un desaliento se presenta
sobre el rectángulo traslúcido
de la piscina quieta
—un zafiro cortado
que se enfría tras los saltos
que hemos logrado esta tarde.

El resquemor, el sinsabor y el desaliento
no son más que expresiones
para explicar vagamente
la ansiedad que tira de nosotros
como en ciertos juegos de niños,
o esa equívoca displicencia
de aquellos que se desean incontroladamente
porque no pueden mirarse
sin conmover los órdenes del follaje,
la perennidad del día.

El tema inacabable

Ahora cuando se ha alejado
puedo ver más claro el mundo
y más en detalle.

Es como cuando al leer
algún libro encuentro entre sus páginas
una hoja seca y olvidada.
Interrumpo la lectura y la observo,
su contorno, sus venas, su traslucidez,
sus tintes transformados, sus tonos,
todo el conjunto evidente y preciso.

La dejo entre sus páginas
y reanudo el tema inacabable.

Morada

Para su casa ha estudiado los vientos
—que no los haya de amor
para que no los haya de pena;
que no los haya de pasión
para que no los haya de soledades.
¡Ah, los vientos de las soledades!

Por las cuatro puertas
ha tocado su trompeta
para renunciar al sonido de las aves,
a las proposiciones del paisaje,
a la voluptuosidad de la luz,

y se ha encerrado en su silva íntima
a tocar su flauta solo.
¡Ah! y ha cernido un azor en los pórticos
para guardar su dominio.
¡Ah, los vientos de la pena!

Étude
I

A Luis Fernando Jaramillo A

La boca, hontana
de gestos refulgentes.

Los ojos de vidrio mojado
en estancadas aguas.

El rostro, sí,
como la luna
en el décimo cuarto día,
en invierno
y sobre los madreperla campos
de Connecticut —oscuros
pinos contra el cielo plata.

El decir incierto,
discontinuo, alocado
se diría; el decir intermitente
y de tonos que se vierten
sobre esta ternura emocionándola.

Étude
II

De agua, de vidrio,
de acero inoxidable.

De astro, de luz desmesurada,
de opacidad serena, de medusa,
de herida, de noche.

De lado fulge la silueta
contra el cielo mojave
de Palm Springs —cúpula
de brillantes con lunetas de arena.
Santa Sofía del Aire,
del aire de Junio.

De agua, de vidrio,
de acero inoxidable
es su cuerpo en el desierto
de noche, de herida.

Étude
III

No somos como el pez grande
que se come al chico.
Somos más bien como el chico
que lustra la piel de las rémoras
del día: los gestos salaces del comerciante,
la caricia acosada de los mendicantes,
las proposiciones oscuras del intelectual,
las rúbricas solícitas de los cambistas:
ilustra la piel con sus picos,
mordiscos, con sus labios de pez chico.
Y así, somos dos peces bajo los arbotantes
de esas catedrales coralinas de las Islas Vírgenes.

Étude
IV

La palabra "garulla"—del demótico,
la entendía y pronunciaba
de manera muy precisa.
Sabía yo lo que significaba
pero no de la manera tan precisa
como él la sabía y solía musitarla.

Hoy, yo diría,
si no fue de una manera
muy "garulla" (del demótico —preciso)
como se ha alejado
hacia las costas del Long Island Sound.

Étude
V

Hoy se ha tendido
junto a mí,
por breve tiempo.

Me ha dejado inundado
con su perfume
y conmovido con la posibilidad
cercana de su cuerpo.

Ahora duerme, distante,
soñado, a mi lado.

Étude
VI

Va a encontrarse
con sus amigos.

Volverá por la noche
con un recuento incierto,
impreciso.

Recostado al pecho
se quedará dormido
mientras siento
caer las gotas en el patio.

Étude
VII

Si le da risa
sube la arena
por las piernas
con la brisa,
el tiempo,
las conchas refulgentes.

Si ríe más aún
tiembla el cielo,
se agita el agua,
se rompen los vasos
y las trizas de luz
se opacan.

Si besa
se pierde el universo,
se deshace el tiempo,
desaparecen las formas
y el recuerdo.

Cuando se olvida,
puñales de raso
acuchillan los vacíos
que quedan por el mundo.

Étude
VIII

Está contra la luz
desnudo, opaco,
de frente
mirando hacia los perlas
del muro vecino.

Está temblando
de agua,
llorando de rabia
por la falta,
por la rosa,
por el rumor extraño
que viene de la fuente.

Se detiene la sombra,
casi le toca;
le ha tomado de la mano
y se van hacia el rumor
entre las plantas,
del agua, del vidrio,
de la botella rota.

Está frío de melancolía,
de besos transparente,
en la callada casa.

Étude
IX

Su corazón
está contra la noche,
es un emblema muerto
de la sangre
en la penumbra.

Pero el reflejo
de las candelas
en la sangre azogada
llena la casa,
la casa y el jardín,
la noche toda
de centellas encarnada.

Silba mi viento
en las cuerdas del patio
contra una zona verde
de plantas umbrosas
y el corazón de sangre
de nuevo palpita.

Étude
X

Cuando entra, las lámparas se agitan,
opalecen las lágrimas
y las moribundas arañas
tiritan en los cielorrasos,
las puertas se abren solas,
las primaveras se van por las ventanas,
ondulan los tapices,
huyen los gatos
y las piedras del patio
se abrazan unas a otras,
se sobrecogen las corolas
y se marchitan las siemprevivas,
cuando él entra y me abraza.

Étude
XI

Nunca se sabe la hora en su estación predilecta,
su estación rica de pianos y de lentandos maestosos,
de palmas de interior, de caracolas,
de zonas rosadas y aletargados días.

Su aparición es tenue, un tono recedido.
Y cuando ya está todo suspendido, su estación
nos acoge y nos regala, nos subtiende
y en la asfixia de los besos pasa el día,
llega el polvo, la leyenda,
y la mejor forma de amor que es el olvido.

Étude
XII

Al caer la tarde
se ha entrado
en nuestro patio,
y los aires respira
y en el aire flota
el fulgente aroma
del limón redondo.
Y él lo mira y lo refleja,
y lo repite en su luciente
gesto y viene y junto al tronco
en el pecho me besa.

Y abrazados
por los corredores
buscamos un rincón
de caluroso polvo
para recostar ese temblor,
el desvarío que provoca
el olor de los limones.

Y en el polvo encontramos
un escondrijo amable
para protegernos
de las agresiones del jardín,
de la caza de la luz.

Y en ese rincón
su cuerpo fulge
como una lámpara
en la niebla,
como un abrazo
que nos lleva
seguros a la noche.

Étude
XIII

Aparición del arco

Ahora él la casa invade,
de su sabor la inunda toda,
y con susurros luminosos
la vuelve abrasadora.

Y de su piel se elevan
volúmenes de sombra,
metálicos decires,
que ya la casa colman
y en los muros de fulgor
incandescentes se recuestan
e indecibles.

Étude
XIV

El corazón y las fogatas

Yo he aportado
la sangre
sobre el polvo.

Él ha portado
ese puñal frío
que vive a caza
de las fogatas
del corazón.

El pecho se ha cansado
de la punta
golpeando urgida.

Y ahora
en derredor
a la fogata
nuestros corazones
soplan en la playa
por sus abiertas bocas
cuando él y su cuchillo
juegan en la arena.

Al Mutraf

A Gustavo Gallón Fitzgerald

En su almirez ha ido
convirtiéndome en esta amalgama
que he llegado a ser,
una liga de azogue
con plata vespertina,
un compuesto de ansiedad,
éxtasis y certidumbre.

Aplicadamente me ha ido
trabajando hasta dejarme
exhausto, transformado
en esta dejadez, en este
olvido, convertido en este vino
que contemplativo se añeja
en las bodegas sombrías de su cuerpo.

La alcoba estremecida

El muchacho al alba
sobre el lecho sentado
sus pies calza y deja
caer sobre las sábanas
aromas de su espliego,
antes de irse al colegio.

A quienes a muerte
han condenado les sucede,
y a los que perdieron
la guerra y a aquellos
que después de recibir
en la mejilla el beso
de la despedida, se quedan
soñando en su lecho
con el muchacho
que al amanecer deja
la alcoba estremecida.

Transverberación

I

Mientras vago por parques
difícilmente noto estatuas —algunas
son grandiosa estatuaria heroica, las más;
esta o aquella son de especie diferente,
sensitiva, retrato, celebración.

Lo que observo de estatuas en parques
es la transparencia, su palor vaporoso
mientras las echo de menos en la noche,
entre verdeoscuros volúmenes supuestos.

II

Con esta cuchilla borro lo memorial
de su cuerpo, cuerpo sobre sábanas
—puede recordar los soles
paseando cielos de esplendor purulento.

Hace calor hoy, husmeo el aroma
de plantas recién hozadas. Memoria sangrada,
un brazo flotando en un helado río, gris profundo,
lejano, casi desvanecido.

Cesuras

I

Hay una dama
inclinada hacia un espejo azuloso,
su traje de chifón es casi transparente.
Hay una luz muy tenue.
Sostiene una copa su mano
con un licor casi agotado.

Y se oye vagar por el patio
el gemido mecánico del aparato ortopédico,
y el niño amputado.

II

Hay una tarde vasta poblada de mazorcas.
Por los cañizares se oye el roceo
de los lustrosos roedores
sobre las hojas secas
y los tallos calcinados.

En una hondura sibila
el agua aguda de una fuente.

Y en su margen aún titila
la fosforescente mano
del guerrillero agónico.

Cesuras

I

Hay una dama
inclinada hacia un espejo azuloso,
su traje de chifón es casi transparente.
Hay una luz muy tenue.
Sostiene una copa su mano
con un licor casi agotado.

Y se oye vagar por el patio
el gemido mecánico del aparato ortopédico,
y el niño amputado.

II

Hay una tarde vasta poblada de mazorcas.
Por los cañizares se oye el roceo
de los lustrosos roedores
sobre las hojas secas
y los tallos calcinados.

En una hondura sibila
el agua aguda de una fuente.

Y en su margen aún titila
la fosforescente mano
del guerrillero agónico.

III

Es una ciudad que vira el rostro hacia la lluvia.
Los lustrosos edificios de cristal y cobre
traslucen laminillas de dorada humedad.
En las cúpulas se arquea la luz
y se descompone en palomas por los cimacios
de los edificios comerciales.

En una esquina opaca
vomita sangre un hombre
recién golpeado.

Suite

a Alberto Escobar Àngel

I

Ah, sí, aquella sonata
¡oída en cuántas estaciones!
Con la estación vienen sonatas,
cuando son imperativas, dicen algunos,
para el corazón. Para mí, sonatas
son para oír mientras se olvida,
cuando dentro de una casa algo de silencio
bombea con precisión bajo una campana
al vacío, además eco.

A ello pertenece esta pieza de música,
ah, sí, donde el vacío significa ausencia,
tan abscóndita que nadie lo sospecha,
en el ápice de la estación.

Cuántas veces para él se ha tocado la sonata.
Para él era una forma de pasión,
algo para ocultar de los querubines,
—reconditez y turbación eran las figuraciones
enteramente formales, siempre y cuando

enteramente formales, siempre y cuando
fueran tocadas contra un fondo aterciopelado.
Entonces aparecía su inequívoco estado,
su modernidad y desespero.

Desde mi ventana escucho la sonata,
su sin precedentes y sentimental tono
tocado en la opacidad de la desolación de mi vecino.
No lo he conocido aún, pero, esta sonata
¿en cuántos tiempos se ha dejado escuchar?
A esta hora, precisamente a esta hora,
cuando sol y tierra tanto se acercan
enceguecidos por la celebración
de este tinto momento de luz.

II

Se preguntaba por la ambivalencia
de los violeta y las variaciones
de la fiebre en el jardín opaco,
erraba entre las plantas
sin derrotero fijo y a la búsqueda
de un trozo de astro, de alguna
manifestación traslúcida
y sin fijarse una meta que le atrajera.

De súbito la coloración del ámbito
se volvió más ácida, más intensa,
cambió la temperatura y las plantas
recogiéndose hacia las opacidades
reconocieron su presencia.
Empezaron entonces a sonar los cristales
contra las muelles olas del aire
y en los rincones húmedos
la luz se convirtió en armónicas
apariencias sugerentes.

Atraído por los oblicuos verdeoscuros
se recostó a la sombra,
desconcertado e inerme
con la apariencia de quien ha vuelto
sin desconsuelo, sin derramar
esa sola gota de sangre
que antes de la noche cae
rompiéndose en trizas sobre el agua.

Se oyó entonces el viento
silbar en las verjas,
aprestarse las mesas,
mullirse los sillones,
un batir de abanicos
y al fondo una zona carmín
por donde desfilaron los espejos.

III

Por donde desfilaron los espejos
la voz preguntó por los perfumes,
la mano preguntó por las esferas,
la fiebre por las yerbas y el aceite,
y el tiempo se detuvo en los umbrales,
en los sillones viejos, en los tiestos,
los astros detonaron sus reflejos.
Los músicos volvieron del verano,
dejaron olvidados sus metrónomos
y entregaron al tiempo sus recuerdos,
huyeron por la región de los arbustos.
Ardiéronse las velas y la seda,
se marchitaron los helechos
y en el jardín errático marcó la luz
sus señas sobre el quieto
dormitar de las efímeras.

Canta, canta el pájaro sin pico,
salta el agua de la fuente
y en el cielo sin rastros
se rompe un rayo, se aquieta un rostro,
se recuesta un pecho contra el pecho.
Pasan las espadas, los siniestros,
las deflagraciones, los encuentros
se dan la mano con sus dedos ciegos.
Se entrelazan en los rincones húmedos
donde la luz se convierte en armónicas
apariencias sugerentes e inconclusas.

Todo no puede ser el fulgor de los limones,
ni el temblor de las martas en la nieve,

ni el perfume azul flotando por el mundo.
Hay tierras herrumbrosas, muros rotos,
cultivos purulentos, tafetas raídos,
bocas con polvo y aliento de sangre.

Todo no puede ser el fulgor de los limones,
sus limones, ni el iridiscente tremor,
ni sus sienes, ni sus ojos de duelo y desafío.

IV

Se imagina alejado, por un terciopelo de lluvia
sibilante y separado, al fondo el sol
son masas difusas de un dorado que angustia
con su grandiosidad innecesaria
—ya que recostado contra semejante
entorno su silueta es más poderosa
que el mismo ocaso. A contraluz
el color de sus ojos es sólo una expresión
cosmológica que confunde, no por lo que expresa
sino por lo que es: mundos negros
que no proponen sino estremecimientos.
Digamos que es la estación, que es el intenso
deseo de recordar lunas que cortan
como alfanjes ingobernables, rocas
con las que la vida tropieza
en su dura prisa por marcharse,
por alcanzarle, venablos despedidos
con un ímpetu demente
y que queman como respuestas
que no han sido preguntadas.

Que suene, que suene entonces
la música de las botellas y las puñaladas,
que suenen los gallos degollados
y los sistros al viento
que son los hombres alejados.

Que él como instrumento se estremezca
recordando al viento del otoño

en esa ciudad ideal que llamamos
la ausencia, esa forma ineficaz
del olvido y de la pena.

en esa ciudad ideal que llamamos
la ausencia, esa forma ineficaz
del olvido y de la pena.

V

Es la lucha del ángel contra el rayo,
es la arena que corta los caminos,
es la roca caliente, es el verano.
Son los ritmos que saltan contra el fondo
de la cúpula glacial de las esferas.

Pareciole entonces descubrir una seña
y vino hasta nosotros con los brazos
cargados de rumores y de brillos,
abriéndolos con miedos indecisos
y rompiendo con ello el universo.

A mi amigo W. S.

Ya que de él se trata
se hace preciso mencionar
a un papagayo detonante
que iridisa entre la luz,
trajes azul claro de luna
y vaporosos de prometidos en la tarde,
tazas de líquida menta y una nube.

Y aquí, claro, un estribillo suave.

Hay que mencionar la palabra fósforo,
un piano blanco entre plantas húmedas;
por supuesto el terciopelo, follaje
que se agita, riesgos de lluvia, truenos.

Y aquí, claro, un ritornelo leve.

Ya que de él se trata,
de mi querido W. S.
que hace tiempos no se vive.

A P. V. y J. J.

Llora sobre mi corazón la lluvia
de su canto de muchacho desolado.
Lloro contenido de duras gotas,
trizas de mica tibia sobre el desierto
de este pecho que agita sus dunas
alejando cada vez los oasis;
lágrimas que se hunden en la piel
buscando las cisternas de la ternura,
lágrimas que buscan la sangre
para convertirse en rosas fijos.
"¡Llora sobre Rahoon!", llora aunque sea sobre mí.

Interior
I

por la escalera hace tiempo que nadie sube
el barniz hace tiempo aplicado y frotado a la cera

por las escalas hace tiempo que nadie desciende
barriendo el rostro con el abanico de verano

hay dedos olvidados en el pasamanos
un golpe de papel sobre las alas
de un insecto complejo

Interior
II

las sábanas se secan al sol como los pozos de sal
por el tarro de basura suben las hormigas
sacudiendo la herrumbre
un grabado desteñido se agita en la pared sepia
todo se refleja en el coqueto espejo
de la iguana arrinconada

Interior
III

los pasos en el patio
los guantes en la baranda
las arañas en sus redes
  un florero que se agita
en un rincón del patio
la silla donde nadie se sienta
· el sol cayendo a plomo
sobre el enlosado
donde antes sonaban los pasos
donde ahora una rana disfruta del clima
junto al surtidor reseco y agrietado

Vista

La ciudad sólo puede ser descrita por las sombras:
la luz es demasiado.
Umbra tostado —bajo un tronco decrépito.
Azul tiestos de botella y olvidados.
Marrón sangre vieja —una herida que se cura.

Las sombras se reclinan así:
gris ceniza en las bóvedas del banco,
verde veronés en el zócalo de una casa deshabitada.
Malva es la sombra de una rosa.

El tiempo del amor

Termina la fiesta
si apenas empieza.
Y se van ya
los amados que no llegan.
¡Faltan tanto!
Apenas mana el vino
vacías ya las copas,
vacías las botellas.
Los labios se entreabren
y ya se ha ido el beso.
El amor no es efímero,
es efímero el tiempo.

Instancia

arco preciso
de su frente
que los ojos separa
del cabello ordenado
que va hasta la almohada

por la ventana
guardia solemne
hace la fronda
de los árboles

equivocada
la simetría de sus costillas
en los flancos
sobre todo
de su cintura flexible
las cuasilunas
de sus axilas
la factura opaca
de la alcoba
los rincones distantes
la tersura de sus lomos
la manera castigada
con la cual se recoge
contra la pared
para ofrecerse.

Pasaje

una muchacha se inclina
sus senos inquietos
sus nalgas desiertas

el tren pasa exhibiendo
sus vagones de carga
la silueta de los hombres
en los techos veloces

recoge la muchacha
algo que ha dejado
caer involuntariamente
una semilla redonda
un anillo un frasco de perfume
las curvas de su cabellera

mecidas por los muchachos
que saltan en los mástiles

corriendo apresurado
a la caída de la tarde
las nubes se ven por la ventana
descansa sus nalgas la muchacha

Pasaje

una muchacha se inclina
sus senos inquietos
sus nalgas desiertas

el tren pasa exhibiendo
sus vagones de carga
la silueta de los hombres
en los techos veloces

recoge la muchacha
algo que ha dejado
caer involuntariamente
una semilla redonda
un anillo un frasco de perfume
las curvas de su cabellera

las barcas en la arena
mecidas por los muchachos
que saltan en los mástiles

el tren es un flautista
corriendo apresurado
a la caída de la tarde
las nubes se ven por la ventana
descansa sus nalgas la muchacha

—los médanos las barcas
en donde saltan los muchachos—

yergue sus senos agitados
y respira el olor del tren
que viene con el viento vespertino

Flujo

la premura de las rocas
por gastarse demuestra
el poder leve del soplo

las curvaturas del agua
y las ondulaciones de la piedra
cuentan que el soplo
anda por ahí todos los días
como el viejo que ahora se pasea
hundiendo su caña en la arena
envuelto en sus pensares
y en su abrigo borroso
por los años y la bruma
ineficazmente hollando
las convulsiones de la arena

embiste el toro marino
las fibras del acantilado
y agita las solapas del anciano
con sus cuernos de aire
y sus nebulosas trompas
se agitan las gaviotas
y los cormoranes buscan
los cascos que en forma de venera
entierra la marea en la costa

el agua ensangrentada
con toda la luz del crepúsculo
hacia el horizonte se devuelve soplando

el agua ensangrentada
con toda la luz del crepúsculo
hacia el horizonte se devuelve soplando

Noción del cariño

hay una forma física
del bienestar y de la cual
se tiene una noción
en el olor de las conchas
que el oleaje colecciona
en los dedos de la playa

recogen las redes los pescadores
y calladamente las llevan
de vuelta a casa con las velas
y el cansancio de los ejercicios marinos

la misma nota se percibe en los bosques
la corteza de los árboles la preserva
para el descanso de las hachas
y el alivio de los que cortan la leña

zumban los insectos apresurados
por la luz evanescente
se abandona el fraseo de las hachas
acosadas por el cierre del bosque

oler las manos arrodillado y de manera armónica
causa la misma benevolencia
el obediente y similar cariño

con un golpe de viento se cierra la ventana
anulando la visita del paisaje
el eco de las conchas las cortezas del bosque

De
Homenajes

A Luis de Zulueta y Cebrián

Je ne suis rien, qu'un prétexte.

J. Genet

Homenaje a Cul D'or

Ni las damas de antaño,
ni las nieves de otro tiempo
pertenecen al paisaje.

Vino y confección,
corte y cuchillo
en ritmos del verano.
Aún el sol no ha llegado a la cantina
y los rabeles en la otra sala
ejercitan sus tendones.

Un colgado hay a la entrada
que se agita y danza
con la música del fondo.

Una copa se levanta,
la luz que de la puerta viene
atraviesa el vino
y refleja al suspendido.

Homenaje a Guidobaldo Della Rovere

Montefeltro lejos queda
del perro y su cabeza.
Del calzón carmín,
de la mano suspendida,
de los ojos fijos,
de las sienes quietas
está bien lejos
Montefeltro el Sujetado.

Las otras manos bronceadas
sobre la tela lo dejaron
con su perro sin respiro
y una luz que viene con el aire
lo agita como si viniera
de la puerta que está al fondo.

Homenaje segundo
a Guidobaldo Della Rovere

Dos salones se juntan en un mismo muro.
El perro y el señor de frente
apenas sí miran a la calle,
y el señor de enfrente
los mira sin mirarlos.

Por la ventana entra
el pito de la sirena,
se yerguen las orejas
y el hocico huele el raso
rastreando otros tiempos.

El señor de enfrente
limpia sus gafas,
se acerca al muro
y pidiendo permiso
se va por la puerta del fondo.

Homenaje a Exekías

El fuego y la tierra amansan la creta en silencio.
Ni le narran cuentos, no le dan palabras.
La abyectan en el suelo propio.

Es por la mañana,
el triere a la espera.
Uno a uno van llegando
y el que forma al lado.
Ahora son cuarenta y dos
sin contar los caballos y los carros,
ni la arena que hollan,
ni el viejo de la vara sentado en el difro.

Entonces el tiempo con su piel discorde,
el tinte negro para los guerreros.
No se recuerda el vino sino su luz:
ausentes tintas, oídas palabras.

El fuego de la mañana abraza
el dinós en la sala callada,
para la devoción lo cuida.

Dos mañanas en un momento reunidas:
bajo piel discorde
sepultos los guerreros, el esmalte gasto.

Homenaje a Aison

Naranjas de cáscara naranja
sobre el sudor de miel y carne,
aceitunas oleadas,
pardas aceitunas de más allá del mar,
traídas por la tempestad,
sobre madera, bajo velas;
salados danzantes
y la flauta de sus dedos,
el tomillo y el verano,
las naranjas de cáscara naranja
huyeron del glipto rojo y negro.

Queda un dedo retocándolo,
pupilas que lo gastan
aliadas con la guardia.

Penoso timbra el golpearlo
en el desierto de la sala,
del atardecer provienen los naranja,
mosca que lame el tiempo y zumba
retrayendo el canto ausente.

Homenaje a Sokles

Calladas en la sala
moran la furia y la venganza,
sepulcrales en su tierra ardida.

Bajo el ardor de la memoria y la contienda,
bajo la luz del ardiente medio día
sus velantes rostros húmedos.

De arma descuidan los escudos,
sólo el reposo hiere la carne,
solo el anfóreus por los tiempos lacerado.
Furia y venganza cautivas
por aquella que no las derrotó.

Pero calor y tierra amancebados
dejaron la derrota
contada en esta sala,
al atardecer, cuando la hora es quieta.

Homenaje a los ceramistas anónimos de dibujo rojo

Las danzas de los muchachos
en el vientre de los vasos
entorpecen mi apreciación
del Mediterráneo y sus cultivos.

Sus aulós chillan como insectos de verano
en esta fresca y penumbrosa gliptoteca.

La Quinta Avenida está cubierta por el rescoldo
de la nieve color ceniza
bajo un sol que se precipita en filamentos
contra las facetas de la superficie adamante.

La brisa del Bay Sound arrastra
olor rosado de peces, ocre de medusas,
lo hala como un cadáver de invierno
en los funerales de la nieve.

Las pestañas del ramaje en el parque
se enredan jirones verdeazules,
retazos del velamen, arboladuras destrozadas.

Las zonas amarillas de los taxis
se desplazan en ráfagas impresionistas,
y entre el vaho de los escapes,
el humo de las castañas que saltan en las brasas
y el aliento nebuloso de los transeúntes.

Gritan los muchachos en los play-grounds
—el del aulós corre tras el de la cítara,
el de la lira tras el de la forminx,
y todos giran incesantes en el vientre de los vasos
inundando esta matizada gliptoteca
con sus pieles heridas por el fulmíneo verano.

De
Umbra

Bouquet en planh

In memoriam Marcos

Cowards die many times before their deaths;
the valiants never taste of death but once.

Shakespeare

Take the whole man, and ravel out the story.

Pound

I
Forminx

Entre su cuerpo y el mío
es una luna su muerte.

II
Fine canzone

"MAEnt, Je t'aime, ¡qué abandono!
La voz en Montfort, de Bel Miral
la estatura", el rostro del kouros
mélico, juntos todos no te merecen.
Moradas en Montfort y Malemort
para la frente de Donna Salvaggia,
melancolía de Gonzague de Bris,
la cintura del Apolo teneo —no le llegan
ni a los tobillos, ni al talón,
acrólito inerte, amado.

III
Elegía

Por la rosa para su solapa
he ido hoy a la tienda de flores.
Y aquí traigo este ramo
para su funeral. ¡Amado,
canto memorial!

Su muerte fue el orgullo de tenerme
—por obnubilación, por mirarse
en mis ojos.

Y por su partida conozco los crímenes,
el más grande: quererme a mí más que a sí mismo.
Su falta no es la sombra, es que ya no puede
mirar al cielo claro.
Ni el Bleu Marine, ni los Eminence,
ni el Chateau Margaux, ni el olor
de las rosas, ni el mío,
porque no hay cuerpo.
(La necropsia fue múltiple,
plural el reconocimiento
del cadáver —el volumen expresivo
de su cuerpo. Rictus mortis
por bronconeumonía originada
en su voz de flauto d'amore,
sedosa fantasía, sabor de acedera,

asedio mío; estrangulación
de la amígdala izquierda
por contusión parietal
—aliteraciones sangrientas.
¡Qué saben los conspiradores
de la sombra!

IV

En el cuenco de mis manos
ya no caben sus hombros.
Midón: "Calló el dueño,
calló el invitado,
calló el blanco crisantemo".

Cerca a Perigord le comparé
a un "summer's day" que se mutó
en esta tenebra: "Je suis le tenebreux,

le veuf, l'inconsolable".
Un mausoleo le he levantado
en la memoria y que "juzguen
los dioses cómo se le ha amado".

V

Los recuerdos son cadáveres
que llevamos en el mausoleo
de la memoria, cadáveres
de máscaras variantes.
Oh, y yo que iniciaba el canto:
"Oh tú, SOL, dador de la vida".
En el cuenco de mis manos
ya no caben sus hombros.

VI
Skolión

Aquí pongo el pomo
y el ramo de rosas,
la mano del pecho
y la punta del puñal
que atraviesa este poema
de proemio a finale,
sobre esta losa de obsidiana roja
que es el corazón; sobre su rostro,
la máscara variante.

VII
Envoi

Termina el apogeo, Midón, y el abandonado
invita a... "let's away to part the glories
of this happy day".

De
Torsi

Torso

Torturas en el mármol
de las axilas:
del taller del copista
al pórtico de su dueño
perdió un brazo;
el izquierdo fue enviado
a Padua cuando iba para Ravena,
terminada la excavación.

Los muslos rotos por el tremor
de su pasión tortuosa.

Torso

Es una talla muy temprana.
Su intención: un mero juguete
para el Príncipe cuando el Príncipe
era sólo un muchacho.

No tiene pretensión alguna,
es muy rudimentaria,
excepta su laboriosa natura
mordida por el tiempo y los dientes
del Príncipe cuando el muchacho era Príncipe.

Cabeza sin torso

Cabeza de un muchacho
como Hermes identificado
por la sugestión de las alas
en la cabellera.

Altura, veinte y cuatro
centímetros y ocho milímetros.
Mármol. Romana copia
de mediada la segunda centuria
del Año del Señor.

Tomada de una perdida
estatua en bronce
del discóforo de Policleitos,
y que data aproximadamente
del cuatrocientos cincuenta
Antes de Cristo.

(Las alas fueron añadidas
por quien la copiara)

Torso

Este que se recuesta al sepulcro
no fue al sepelio.

Se nota que posó
de manera avergonzada
ante los ojos rendidos
de quien lo modelara.

Como si lo que hubiera hecho
no hubiera sido con quien lo copió.

Torso

El pedazo que queda
consiste en los tobillos,
el epigastrio, las caderas,
el bajo vientre.

Las nalgas y la espalda
están recostadas al muro.

No se sabe si es un despojo
de las guerras dorias
o un muchacho del gimnasio.

Pero muerto como vivo
es una mera estatua.

Torso

Este muchacho romano
vino a Nueva York
entre los equipajes
de un arqueólogo.

No trajo los pies
por la prisa.
Ni la pintura en los ojos
porque lo que había de ver
ya lo había visto.

Le quedan la parte de la verga,
una mano y la cabellera,
de puro milagro,
porque era lo que más amaba.

El muchacho del Metropolitano

—Reproducción Romana—

Una mano le queda,
a medio empuñar,
en la nalga izquierda.

Perdió la cabeza,
por algún pederasta,
en otros tiempos.

Los pies se le gastaron
viniendo al museo
—los muñones de mármol.

Los brazos, tal vez,
los agotó nadando
para venir a América,
o en un abrazo
despidiéndose.

El tronco curvado
a la manera curva
de los que saltan
o se ofrecen.
La parte del cuello
por donde la bajaron
vino y aire.

Contenido

De *Servicios* 11

Servicio general de la casa 15

Servicio de campo 16

Servicio de caza 17

Servicio del predilecto 18

Servicio de lecho 19

De *Vana Stanza* I 21

Stanza / *sin cuerpos flotan alas* 25

Stanza / *en el cielorraso* 26

Stanza / *en los muros blancos* 27

Stanza / *los rincones, ni los candelabros* 28

Stanza / *el sol frío* 29

Stanza / *aquí había una cama...* 30

Stanza / *donde estuvieran los espejos* 31

Stanza / *¡Oh, el calor de este atardecer!* 32

Stanza / *por el balcón se ve la ciudad* 33

Stanza / *allá hay algo* 34

Stanza / *ni aquí las manos* 35

Stanza / *derelictas en el lecho* 36

Stanza / *ha sido recoleto el tapiz* 37
Stanza / *había un quinteto para cuerdas* 38
Stanza / *este muro nada ostenta* 39
Stanza / *una estatua cavilosa* 40
Stanza / *la ventana al patio interior* 41
Stanza / *este cuarto de hotel, desmantelado* 42
Stanza / *por la puerta grande, al fondo* 43
Stanza / *allende la ventana* 44
Stanza / *una pared y su cal* 45
Stanza / *podría sonar una guitarra* 46
Stanza / *las losas de terracota han sido removidas* 47
Stanza / *hay un calor que viene desde el patio* 48
Stanza / *un repleto baúl* 49
Stanza / *donde estaba la mesa para dibujos* 50
Stanza / *esta es una habitación que hace mucho tiempo* 51
Stanza / *de allá venía la tempestad del mar en claves* 52
Stanza / *un frasco con aceite de olivas* 53
Stanza / *aquí no había sino sueño* 54
Stanza / *giros de danzares* 55
Stanza / *parece que antes fue un garaje* 56
Stanza / *el calor intenso, ciego a los muros se abraza* 57
Stanza / *y la risa impenitente se oye siempre* 58
Stanza / *unos cascos de limón* 59
Stanza / *el calor de las moradas* 60

De *Vana Stanza* II 61
Stanza / *piezas cóncavas y rotas* 65
Stanza / *vana y violenta carne* 66
Stanza / *las fricciones de los flancos* 67
Stanza / *es como cuando se sacan* 68
Stanza / *los que fueran pies* 69
Stanza / *las donceles estatuas* 70
Stanza / *hay sistemas de formas* 71
Stanza / *rotas las alcobas* 72
Stanza / *hay vanidades también* 73
Stanza / *las concavidades de las noches* 74
Stanza / *son los nichos vacuos* 75
Stanza / *los vulcanizadores, los marmolistas* 76
Stanza / *otras estatuas y masas* 77
Stanza / *las estatuas atentan* 78
Stanza / *fugaces terracotas* 79
Stanza / *pulidas por los polvos* 80
Stanza / *¿dónde las extremidades de los torsos,* 1
Stanza / *los restauros son simulacros* 1 1

De *Meteora* 83
Trabajo nocturno 87
Efedrismo 88
Astronomía posicional 89
Cuerpo celeste 90
Del lado de los sueños 91
Solfatara 92

De *Objetos frágiles* 93
El sistro titilante 97
Carta vacilante del otoño 98
Perennidad del día 99
El tema inacabable 100
Morada 101
Étude I 102
Étude II 103
Étude III 104
Étude IV 105
Étude V 106
Étude VI 107
Étude VII 108
Étude VIII 109
Étude IX 110
Étude X 111
Étude XI 112
Étude XII 113
Étude XIII 115
Étude XIV 116
Al Mutraf 117
La alcoba estremecida 118
Transverberación 119
Cesuras 120
Suite 122
A mi amigo W. S. 131
A P. V. y J. J. 132
Interior I 133
Interior II 134
Interior III 135
Vista 136
El tiempo del amor 137
Instancia 138
Pasaje 139
Flujo 141
Noción del cariño 143

De *Homenajes* 145
Homenaje a Cul D'or 149
Homenaje a Guidobaldo Della Rovere 150
Homenaje segundo a Guidobaldo Della Rovere 151
Homenaje a Exekías 152
Homenaje a Aison 153
Homenaje a Socles 154
Homenaje a los ceramistas anónimos de dibujo rojo 155

De *Umbra* 157
I Forminx 161
II Fine canzone 162
III Elegía 163
IV 165
V 166
VI Skolión 167
VII Envoi 168

De *Torsi* 169
Torso / *Torturas en el mármol* 171
Torso / *Es una talla muy temprana* 172
Cabeza sin torso 173
Torso / *Este que se recuesta al sepulcro* 174
Torso / *El pedazo que queda* 175
Torso / *Este muchacho romano* 176
El muchacho del Metropolitano 177

Se terminó de imprimir
en la Imprenta Universidad de Antioquia
en el mes de octubre de 2001

Vana Stanza es una selección de poemas de los distintos libros de Amílcar Osorio (siete en total, todavía inéditos), que el propio autor realizó antes de morir, y que fue publicada en 1984, bajo su supervisión. Fue también el único libro publicado en vida por quien desempeñó un papel preponderante en la fundación del nadaísmo, al lado de Gonzalo Arango, representando dentro del movimiento su vertiente más cosmopolita, culta y refinada. A pesar del tiempo transcurrido, *Vana Stanza* se sostiene como uno de los mayores logros de la poesía colombiana.

ISBN 958-655-526-7
9 789586 555265